Masculinidad/es desde el enfoque de género. Su construcción social y sus transformaciones

Ma. Lucero Jiménez Guzmán

En recientes estudios, las pensadoras feministas han comprobado que trabajar solamente con mujeres para tratar de resolver los problemas de inequidad de género, incluyendo los de la esfera reproductiva y sexual, es insuficiente y puede no ser tan fructífero como se desearía, pues al abordar sólo uno de los polos del problema se olvida que éste es multifactorial.

Los estudios sobre mujeres, y fundamentalmente la perspectiva de género, han propiciado un interés cada vez mayor en los estudios de carácter relacional que toman en cuenta de manera explícita a los actores involucrados en tales relaciones.

Así se comenzó a replantear el lugar que tienen los varones en estos procesos. También se ha avanzado en el estudio de los modelos a partir de los cuales los hombres aprenden a definirse como tales, sin que ello pueda asumirse de una manera única a lo largo de las diferentes etapas de la vida, en distintos grupos y en contextos culturales diversos.

Es decir, la ubicación en el ciclo de vida, la sociedad y el país del que se es parte, la clase social y la etnia son factores centrales en esta interpretación, por lo que resultan poco pertinentes las generalizaciones que obscurecen procesos específicos.

Por el contrario, hay que tener siempre en cuenta, desde la perspectiva de género, que se trata de construcciones sociales, con carácter histórico y cambiante, lo cual es fundamental para argumentar su carácter social e histórico, y contribuir a "desnaturalizar" estos procesos que son, insisto, culturales, sociales, históricos y también económicos.

La investigación sobre masculinidad/es

En los últimos años se han incrementado de manera importante las investigaciones relativas a la masculinidad, y en algunos casos, a las masculinidades en plural. Diversas lecturas sobre el tema presentan una visión satanizada del varón, al concebirlo como el todopoderoso verdugo de la mujer; mientras que otras resaltan la "pérdida de autoridad del varón" en la sociedad moderna y cómo ellos están sufriendo terriblemente con los cambios sociales y culturales, básicamente en función de la transformación de su papel y el lugar que ocupa ahora la mujer en la sociedad y en la economía, lo cual ha conducido a cambios al interior de las familias. Ese tipo de visión lo que busca en el fondo es que las cosas se queden igual.

Yo propongo en cambio considerar, como lo hace Connell, a la masculinidad como un sistema de diferencias simbólicas donde el lugar de lo "masculino" y de lo "femenino" sean contrastados de manera permanente. De ahí que la atención sobre la masculinidad se deba poner en el proceso relacional, donde los hombres y las mujeres vivimos la inequidad de género. En este sentido la masculinidad es, a la vez "un lugar de las relaciones de género, las prácticas por medio de las cuales hombres y mujeres se involucran en dicho lugar relacional, así como los efectos de dichas prácticas en la experiencia personal, la personalidad y la cultura [Connell, 1995:71].

Llegar a ser un varón adulto, un "hombre de verdad" o un "auténtico hombre" es un reto incierto, continuamente significa ir en pos de un premio a ganar o conquistar con esfuerzo.



En este sentido, en muchas sociedades estudiadas se ha encontrado que se elabora una elusiva imagen exclusivista de masculinidad mediante aprobaciones culturales, ritos y pruebas de diversa índole [Gilmore, 1994:15].

En nuestras sociedades la masculinidad es definida como la norma y se conforma y expresa en función de la negación de lo "femenino", ello conlleva contradicciones y problemas serios pues "si el varón es formado en la creencia de que sólo el varón es persona plena, sujeto significante, interlocutor válido, entonces no es de extrañar que prefiera el trato con varones. La paradoja de la heterosexualidad del varón está en que no le gustan las mujeres como personas. Lo normal es el varón y en consecuencia las mujeres son las que producen extrañeza o lo que debe ser explicado [Marques, 1997:85]. También se afirma continuamente que los varones se enfrentan a problemas para adquirir su identidad masculina y que ésta se tiene que reafirmar a lo largo de sus vidas. Consideran, asimismo que tratar de cumplir con el ideal que representa "ser hombre" es generalmente una experiencia dolorosa, sobre todo en sociedades como la nuestra, que se distingue por ser homofóbica y en donde el individuo que va buscando su masculinidad intenta con gran esfuerzo lograr el éxito, la riqueza, el estatus, aún en contra de los otros y muchas veces de sí mismo.

El ideal de la masculinidad impuesto en occidente ha sido definido como una amenaza vital pues se considera que los esfuerzos exigidos a los hombres para alcanzarlo les provocan angustia, dificultades afectivas, miedo al fracaso y comportamientos compensatorios potencialmente peligrosos y destructores, como lo han comprobado estudios realizados por M. Kimmel y M Levil acerca del SIDA, quienes han demostrado cuán contrario es el modelo viril tradicional, que privilegia la aventura y el riesgo a la prevención que podría evitar tal enfermedad [Badinter, 1992:174].

Elisabeth Badinter en su caracterización de la masculinidad dominante en Estados Unidos, coincide con otros y otras autores al afirmar que "ser hombre" se define en primer lugar como alejado o en oposición clara a todo lo que pueda ser femenino; ser hombre de verdad es estar "limpio de feminidad" con lo que se les exige renunciar a una buena parte de sí mismos.

El "macho" es una persona importante, es decir debe ser "superior" a los demás. La masculinidad se mide a través del éxito, el poder y la admiración que se es capaz de generar en los otros. Tiene que ser independiente, contar solamente consigo mismo, ser fuerte y recurrir a la violencia si es necesario. Deberá demostrar que es capaz de correr todos los riesgos; el varón ejemplar es duro, solitario, no necesita de nadie, es impasible y es viril. Duro entre los duros, es un mutilado de afecto que está más preparado para la muerte que para el matrimonio y el cuidado de sus hijos. Ese país, expresa Badinter, con todo su poder ha impuesto su imagen de virilidad a muchas otras culturas del mundo [*Ibíd.*:161].

Para Bourdieu [1990] el orden social masculino está tan profundamente arraigado que no requiere justificación: se impone como autoevidente, es considerado como natural, gracias a un acuerdo entre todos, que se obtiene por un lado de estructuras sociales como la organización social del espacio y el tiempo y la división sexual del trabajo y por otro, de estructuras cognitivas inscritas en los cuerpos y en las mentes. Las personas dominadas, o sea las mujeres, aplican a cada objeto del mundo y en particular en la relación de dominación en la que están atrapadas, esquemas no pensados que son el producto de la encarnación de esta relación de poder en la forma de pares y que las lleva a construir esta relación desde el punto de vista del dominante como natural. La eficacia masculina radica en el hecho que legitima una relación de dominación que inscriben en lo biológico, que en sí misma es una construcción social biologizada. La masculinización de los cuerpos de los machos humanos y la feminización de los cuerpos de las hembras humanas son procesos que efectúan una somatización del arbitrario cultural que también se vuelve una construcción durable del inconsciente. Los varones son sujetos de las estrategias matrimoniales, a través de las cuales trabajan para mantener o aumentar su capital simbólico; las mujeres son tratadas como objetos de dichos intercambios, en los que circulan como símbolos adecuados para establecer alianzas. Para Bourdieu, la dominación masculina está fundada en la lógica de la economía de los intercambios simbólicos, o sea sobre la asimetría fundamental entre hombres y mujeres instituida en la construcción social del parentesco y el matrimo-

nio. La economía del capital simbólico tiene cierta autonomía, lo cual explica, según él, que a pesar del cambio en el modo de producción se puede perpetuar [Bourdieu en Lamas, 1996:345-7].

Desde mi punto de vista, resulta muy útil hablar de masculinidades en plural, pues así queda claro que existe una masculinidad dominante, estereotipada, pero también formas de masculinidad que están subordinadas, que resisten y transforman normatividades imperantes, aunque sea una minoría y que no existe razón alguna para suponer que en el futuro no lleguen a ser las dominantes.

La "crisis de la masculinidad"

Las transformaciones sociales, económicos, políticos y culturales repercuten en la vida cotidiana de las familias en general y de los sujetos en particular, así como los cambios individuales y grupales llegan a modificar las estructuras sociales. Esta dinámica es fundamental para comprender las relaciones entre los géneros y la manera en que se vive la "feminidad" y la "masculinidad".

La llamada masculinidad, a la que yo prefiero denominar masculinidades para entender su heterogeneidad, se manifiesta en las relaciones de pareja y la paternidad. Hemos podido documentar, a través de la investigación, que en un siglo ha habido una serie de cambios trascendentes, sin los cuales no podrían comprenderse las transformaciones al interior de las familias. Entre ellos, de manera general para el contexto latinoamericano pueden apuntarse: modificaciones en la estructura productiva, que tienen lugar a través de la industria, la reducción de la unidad productiva anclada a relaciones familiares; la pérdida de la importancia del poder patriarcal junto a un creciente proceso de individuación que implica la gestación y el afianzamiento de la autonomía de los miembros que componen el grupo familiar. Sin embargo, esto no significa que no persistan algunos rasgos patriarcales. Otro cambio fundamental es que la sexualidad ya no se reduce a la reproducción, aunque en ciertos sectores y personas siga siendo así [Salles y Huirán, 1998].



Las transformaciones del país a lo largo de un siglo han sido profundas en muchos aspectos en los que no ahondaré en este artículo. Sin embargo, me parece importante anotar por ejemplo, que ya para los años cincuenta resalta la gran presencia de hombres y mujeres jóvenes en las ciudades que abrieron y marcaron brechas generacionales de la mayor importancia. El modelo autoritario de familia empezó a ser duramente cuestionando en el mundo occidental. México a pesar de su gran catolicismo y tradicionalismo no escapó de estos procesos; las mujeres conquistaron su derecho a votar, más adelante ganaron posiciones en la Cámara de Diputados, con lo cual iniciaron un proceso cada vez más amplio de participación de las mujeres en la vida pública y política de México.

La década de los sesenta fue una época de grandes cambios socioculturales, debido en parte a la aparición de la píldora anticonceptiva y a los movimientos estudiantiles que cuestionaron las estructuras prevalecientes. En México destaca el movimiento del 68 porque constituyó un parteaguas en la historia nacional por muchos motivos, pero sobre todo porque dio lugar a la formación de sujetos que establecieron un cuestionamiento no solamente a las estructuras políticas —no democráticas—, sino que hicieron una revisión crítica de fondo de la vida cotidiana, las formas de integración de la familia y las relaciones que en su seno se establecían.

En la década de los setenta destaca la creciente presencia y protagonismo de las mujeres tanto en la esfera educativa como laboral, que les permitió adquirir mayor

independencia y autonomía. Emerge con fuerza el movimiento feminista y la lucha por la igualdad de los derechos de las mujeres. Es fundamental la posibilidad que ellas adquieren de regular su fecundidad, junto con las campañas de planificación familiar, que fueron un duro golpe a las creencias y conductas patriarcales y machistas de la sociedad mexicana. A partir de la promoción y defensa de los derechos humanos de las mujeres, el cambio de actitud hacia una paternidad más responsable y hacia relaciones más igualitarias al interior de la pareja, en donde privara más la negociación que la imposición, parecería inevitable. Sin embargo, estos procesos se dan sólo en algunos varones y en ciertos sectores sociales y prevalece aún la desconfianza y el desconcierto de muchos varones ante estos cambios [CORIAC, 2000].

Los cambios sociodemográficos ocurridos en México en las últimas décadas contribuyeron a modificar el proceso de formación de las familias. Con la reducción de la fecundidad y de la mortalidad aumentó de manera importante la población en edades reproductivas; el aumento en la esperanza de vida permitió procesos más complejos, caracterizados por separaciones o divorcios y nuevas uniones maritales. La proporción de personas divorciadas y separadas tiene un incremento notable, sobre todo entre las mujeres ya que entre los varones se observa una mayor propensión a nuevas uniones. La primera unión es cada vez más tardía y las diferencias de edad entre los cónyuges ha disminuido [De Oliveira O., 1998].

En los años siguientes y hasta la fecha, el país ha tenido transformaciones de enorme relevancia. No se puede dejar de lado la consideración de un cambio fundamental en el paradigma de "desarrollo" de sociedades como la mexicana, que en la era de la globalización, ha sido impuesto por el extranjero. Si bien se ha intentado ahondar en el tema de los Derechos Humanos y la democratización de la sociedad por ejemplo, a través del pluripartidismo y las elecciones limpias, también es cierto que en la esfera social se han vivido enormes retrocesos. Es un hecho incuestionable que este modelo, a partir del "adelgazamiento" del Estado, del incremento de la deuda interna y externa, de la apertura en pésimas condiciones al mercado exterior y de la falta de responsabilidad del Estado hacia las necesidades de las grandes mayorías, ha configurado un país profundamente desigual, en el cual un porcentaje mínimo de la población concentra casi todo el ingreso nacional, mientras las capas empobrecidas de la población crecen cada día, sin esperanza de un cambio favorable a su situación. Inclusive, las capas medias de la sociedad han sufrido un fuerte deterioro en sus niveles y calidad de vida que ha repercutido negativamente en la vida de las familias mexicanas.

La realidad muestra que es poco pertinente hablar de "familia" en singular, y que la referencia tiene que hacerse a "familias" pues en un mismo momento histórico coexisten muy variadas formas de ésta. El número de familias monoparentales parece incrementarse, así como la mayor incidencia de familias en las que la mujer es jefa de hogar y en ella recae toda la responsabilidad de la crianza, educación y manutención de los hijos e hijas.

Los procesos de transformación socioeconómicos y demográficos ocurridos en el país han contribuido a una mayor participación de las mujeres en el trabajo extradoméstico. Sin lugar a dudas, en la última década del siglo XX la intensa reducción de los niveles salariales y el deterioro de la calidad de vida han reforzado la tendencia de que las mujeres, incluso casadas, tengan una presencia creciente en el mercado de trabajo. La imagen del jefe varón como proveedor para 1990 se aplicaba solamente a la mitad de los hogares familiares encabezados por hombres, aunque en la esfera de las representaciones y significados ellos se siguen percibiendo como proveedores materiales de sus familias [De Oliveira O., 1998].

Paralelamente, como plantea Oliveira [Oliveira Coleta (b)], la intensificación del proceso de transformaciones sociales, con la expansión y consolidación de las relaciones capitalistas de producción, hoy en la etapa de la globalización, así como la difusión de una lógica "racionalizadora" ha dado lugar a cambios significativos en las relaciones familiares, en los modelos culturales que rigen la vida sexual y reproductiva así como las concepciones y actitudes respecto a la paternidad, más por demanda de la organización familiar que por convicción. Hoy, más varones se comprometen de manera más directa en la crianza de sus hijo(a)s y están, en los hechos, cuestionando el modelo tradicional de ser padre predominante, según el cual los varones eran percibidos y se percibían básica y casi exclusivamente como autoridad y como proveedores. Sin embargo esto no es algo que pueda generalizarse. De hecho, en investigaciones recientes [CORIAC, Cervantes s/f] se establece que un porcentaje considerable —casi un 70% de hombres que son padres— legitiman el uso de la violencia, el castigo e incluso los golpes en la educación de los hijos. Sigue prevaleciendo el hecho de que para la mayoría de las mujeres la maternidad es algo realmente significativo; en cambio, sólo para algunos hombres, la paternidad es un tema relevante. Para ellos lo fundamental es el trabajo, el prestigio, las relaciones, el dinero y el éxito en estas áreas.

♦♦♦

Algunos hombres están ya cuestionando su manera de ser padres, sobre todo, comparándose y contrastándose con sus propios padres y la manera en que ellos fueron educados. Conocen un modelo, al cual, en algunos sectores, ya es posible criticar, pero no han construido o terminado de construir un modelo alternativo. Saben que no se puede continuar viviendo y relacionándose como antes, y en esto, los cambios en las percepciones, actitudes y comportamientos femeninos han sido cruciales, pero se enfrentan a una especie de crisis, porque a muchos no les queda claro cómo deben las relaciones de pareja y el ejercicio de la paternidad. En realidad, coexisten muchas forman de ser padre, de relacionarse en pareja, de reproducirse, algunas de ellas más democráticas, otras que reproducen relaciones jerárquicas y autoritarias que responden a factores muy diversos que se combinan de manera compleja.

En ciertos sectores sociales empieza a surgir una nueva generación de padres que intentan ser más cercanos y afectuosos, no sólo proveedores —lo cual dadas las condiciones económicas prevalecientes es cada vez más difícil—, pero el proceso en muchas ocasiones no se da de manera tersa y enfrentan aún cuestionamientos y condicionamientos de carácter social y cultural, a menudo por parte de las propias mujeres.

Es en este contexto social y económico en el que se trabaja por que las paternidades distantes sean cada vez menos y prevalezcan las cercanas y participativas; en donde se otorguen los mismos derechos a los niños y a las niñas. Una sociedad que acepte la existencia de distintos modelos de relaciones de pareja y de paternidad, pero en la cual la propia sociedad y sus leyes sancionen y rechacen la violencia y el autoritarismo al interior de los hogares. Se trata de todo un desafío a nuestra cultura. Una sociedad en la que como plantea CORIAC se logre erradicar el maltrato infantil, la violencia doméstica y el abandono. Relaciones que incluyan compromiso, responsabilidad y disfrute. Un nuevo milenio en el que pueda imperar una mayor equidad, responsabilidad y afecto en las relaciones entre las personas. Y en ello, la paternidad tiene un lugar central. ♦

Bibliografía

Badinter, Elisabeth. *XY la identidad masculina.* Madrid: Alianza Editorial, 1992.

Bourdieu, Pierre. "Dominación masculina". (Trad. Pastora Rodríguez), en: *La Ventana*. Revista de Estudios de Género. Universidad de Guadalajara. Guadalajara, Jalisco, México. Número 3. Junio 1996.

Callirgos, Juan Carlos. *Sobre héroes y batallas.* Lima: Ed: Escuela para el Desarrollo. Estudio para la Defensa de los Derechos de la Mujer, 1996.

Connell, R.W. *Masculinities.* EUA: Berkeley University of California Press, 1995.

CORIAC. Colectivo de Hombres Relaciones Igualitarias. *Calendario 2000.* México, D. F.

Gilmore, David. *Hacerse hombre. Concepciones culturales de la masculinidad.* Barcelona: Paidós, 1994.

Kimmel, Michael S. "Homofobia, temor, vergüenza y silencio en la identidad masculina". Extractos del capítulo "Masculinity as homofobia. Fear, shame and silence, the construction of gender, identity". Publicado por Harry Brod y Michael Kaufman, Editores. Theorizing Masculinities. Thousand Oaks. Sage Publications, en: Valdés T. y Olavarría J (1998) *Masculinidad/es poder y crisis.* Chile: FLACSO, Ediciones de Mujeres N° 24. Isis Internacional, 1998.

Lamas, Marta (comp.). El Género: *La construcción cultural de la diferencia sexual.* México: PUEG/UNAM/Porrúa, 1996.

Marques Josep-Vicent. "Hombres y poder". *Encuentro mujeres y hombres hacia una nueva humanidad.* Universidad Iberoamericana Santa Fe. 3-7 noviembre, 1997.

Oliveira, Coleta de. "Masculinidad en Brasil, dimensión de la reproducción". *Conferencia del seminario género y dinámica demográfica* del doctorado de población y Programa de Salud Reproductiva. El Colegio de México. Conferencia 24 de octubre de 1999.

Oliveira, Coleta de (b). "Os Homens, esses desconohecidos..." (Masculinidad e Reproducâo). Sao Paulo, Brasil (mimeo), 1999.

Oliveira Ma. Coleta., Elizabete Dória y Malvina Muzskat. "It's not my fault I wasn't born a woman: contraception among middle-class brazilian men", en: Oliveira, Coleta de. Investigadora coordinadora. (b) "Os Homens, esses desconohecidos..." (Masculinidad e reproducâo). Sao Paulo, Brasil, 1999. Mimeo.

Oliveira, Orlandina de. "Familia y relaciones de género en México", en : Schmukler, Beatriz (coord.). *Familia y relaciones de género en transformación. Cambios trascendentales en América Latina y El Caribe*. México: Edamex, 1998.

Salles, Vania y Rodolfo Tuirán. "Cambios demográficos y socioculturales: familias contemporáneas en México", en: Schmukler, Beatriz (coord.). *Op. cit.*

